



«Prado» y otros poemas Alejandra Marquerie

Prado

Recojo mi cuerpo en azufre
como un búfalo o un pájaro
maniatado: envuelvo mis plumas
una a una
en homenaje a la comodidad
del veneno.
Arraiga el olor de la tierra o
el olor de la tristeza
en mis rodillas
y retuerzo el color de la herida
para observar el dolor en la quietud:
festival cotidiano para no despertar.

No se altera el pulso
si se deshojan las flores
al frío de mi aliento
y apoyo, en el descanso del ahorcado,
la cabeza sobre mi estómago.
Mientras mis venas atraviesan la tierra,
la suave brisa recorre los prados.

La escalera de la infamia

En la escalera de la infamia
huimos del silencio entre las gotas
que separan la miseria.

Al frío del muro hambriento,
agoniza dormitando la lila.
Yo acudo oblicua a la llamada.
¿Habré dormido alguna vez?

Asfixiando desde arriba
escalón a escalón
la madurez
acabo por descubrir la llave que asiste
en mi boca
con un mensaje infecto de soledad:
sin querer, la muerte ha clavado una
flor en el asfalto.
Habré mudado al final el brillo de la infancia
al filo del cuchillo:
visión esclarecedora de todas las entrañas.

Ella dormita y yo corro en el margen de la sombra
urdiendo la venganza en el paraje seco.
Ella y yo habríamos decapitado el atisbo de la luna
en la ventana.

Sin querer, hemos encontrado el
silencio
en su inquietante forma de narrar la historia.
Se anuncia a la mitad y con una mala noticia:
la muerte ha escogido el bando contrario.

Esfericida

Resbalar la cosmogonía del apéndice
arrastrando las líneas que cierran el círculo.
Apuesto el movimiento que desplaza la redondez
de los cuerpos
a que puedo perdonarme en los límites
del aire.
Rompiendo la armadura circular con lo parcial
de la mirada
no escucho la unidad:
este fragmento reposa en el umbral de mi
caída.
Como si rodando el esfuerzo del castigado hasta
la mina pudiera alcanzar el núcleo
certero de la esfera;
como si mi boca abarcara todas las brasas
cansadas de su forma
y su siembra: no esfuerzo permanente en la circunferencia
porque todos mis fragmentos se alimentan de cascadas.
Así
ser esfericida como la piritita del acuerdo entre titanes:
por necesidad.
Ser esfericida porque
solo
un
movimiento es
posible.

Alejandra Marquerie (Madrid, 1998) estudia Literatura General y Comparada en la Universidad Complutense de Madrid. Colabora con la plataforma literaria de Liberoamérica y la revista *Mirall*. Ha sido antologada en *Los muchachos ebrios: antología de poesía jovencísima transoceánica* en *La Tribu* de Frida, en *Poetas del siglo XXI*, *La Décima Avenida*, *New-spleen* y en la revista *Canibalismos*.